

festarles, que cuando cantaban alborozados su triunfo, se parecían al insensato que se lisonjeara de haber desterrado del mundo el amor maternal, porque hubiese llegado á desnaturalizar el corazón de algunas madres.

La sociedad, y cuenta que no digo el pueblo ni la plebe; la sociedad si no es religiosa será supersticiosa, si no cree cosas razonables las creará extravagantes, si no tiene una religion bajada del cielo la tendrá forjada por los hombres; pretender lo contrario es un delirio; luchar contra esa tendencia, es luchar contra una ley eterna; esforzarse en contenerla es interponer una débil mano para detener el curso de un cuerpo que corre con fuerza inmensa; la mano desaparece y el cuerpo sigue su curso. Llámesele supersticion, fanatismo, seducción, todo podrá ser bueno para desahogar el despecho de verse burlado, pero no es mas que amontonar nombres y azotar el viento.

Siendo como es la religion una verdadera necesidad, tenemos ya la esplicacion de un fenómeno que nos ofrece la historia y la experiencia: y es que la religion nunca desaparece enteramente; y que en llegando el caso de una mudanza, las dos religiones rivales luchan mas ó menos tiempo sobre el mismo terreno, ocupando progresivamente la una los dominios que va conquistando de la otra. De aquí sacaremos tambien que para desaparecer enteramente el Protestantismo, seria necesario que se pusiese en su lugar alguna otra religion; y que no siendo esto posible durante la civilizacion actual, á menos que no sea la católica, irán siguiendo las sectas protestantes ocupando con mas ó menos variaciones, el pais que han conquistado.

En efecto; en el estado actual de la civilizacion de las sociedades protestantes, ¿es acaso posible que ganen terreno entre ellas ni las necesidades del Alcoran, ni las groserías de la idolatría?

Derramado como está el espíritu del Cristianismo por las venas de las sociedades modernas, impreso su sello en todas las partes de la legislacion, esparcidas sus luces sobre todo linaje de conocimientos, mezclado su lenguaje con todos los idiomas, reguladas por sus preceptos las costumbres, marcada su fisonomía hasta en los hábitos y modales, rebosando de sus inspiraciones todos los monumentos del genio, comunicado su gusto á todas las bellas artes; en una palabra, filtrado, por decirlo así, el cristianismo en todas las partes de esa civilizacion tan grande, tan

variada y fecunda de que se glorian las sociedades modernas: ¿cómo era posible que desapareciese hasta el nombre de una religion, que á su venerable antigüedad reúne tantos títulos de gratitud, tantos lazos, tantos recuerdos? ¿Cómo era posible que encontraran acogida en medio de las sociedades cristianas ninguna de esas otras religiones, que á primera vista muestran desde luego el dedo del hombre; que á primera vista manifiestan como distintivo un sello grosero, donde está escrito *degradacion y envilecimiento*? Aun cuando el principio fundamental del Protestantismo zape los cimientos de la religion cristiana, por mas que desfigure su belleza, y rebaje su magestad sublime; sin embargo, con tal que se conserven algunos vestigios de cristianismo, con tal que se conserve la idea que este nos da de Dios, y algunas máximas de su moral, estos vestigios valen mas, se elevan á mucho mayor altura, que todos los sistemas filosóficos, que todas las otras religiones de la tierra.

Hé aquí por qué ha conservado el Protestantismo alguna sombra de religion cristiana: no es otra la causa, sino que era imposible que desapareciese del todo el nombre cristiano, atendido el estado de las naciones que tomaron parte en el cisma; y hé aquí como no debemos buscar la razon en ningun principio de vida entrañado por la prétendida reforma. Añádanse á todo esto los esfuerzos de la política, el natural apego de los ministros á sus propios intereses, el ensanche con que lisonjea al orgullo la falta de toda autoridad, los restos de preocupaciones antiguas, el poder de la educacion, y otras causas semejantes, y se tendrá completamente resuelta la cuestion; y no parecerá nada extraño que vaya siguiendo el Protestantismo ocupando muchos de los paises en que por fatales combinaciones alcanzó establecimiento y arraigo.

CAPITULO XI.

No hay mejor prueba de la profunda debilidad entrañada por el Protestantismo considerado como cuerpo de doctrina, que la escasa influencia que ha ejercido sobre la civilizacion europea

por medio de sus doctrinas positivas. Llamo doctrinas positivas aquellas en que ha procurado establecer un dogma propio, y de esta manera las distingo de las demas que podríamos llamar negativas, porque no consisten en otra cosa que en la negación de la autoridad. Estas últimas como muy conformes á la inconstancia y volubilidad del espíritu humano, han encontrado acogida; pero las demas nó: todo ha desaparecido con sus autores, todo se ha sepultado en el olvido. Si algo se ha conservado de Cristianismo entre los protestantes ha sido solamente aquello que era indispensable para que la civilizacion europea no perdiera enteramente su naturaleza y carácter; por manera que aquellas doctrinas que tenian una tendencia demasiado directa á desnaturalizar completamente esa civilizacion, la civilizacion las ha rechazado, mejor diremos, las ha despreciado.

Hay en esta parte un hecho muy digno de llamar la atencion, y en que sin embargo, quizás no se haya reparado, y es lo acontecido con respecto á la doctrina de los primeros novadores, relativa á la libertad humana. Bien sabido es, que uno de los primeros y mas capitales errores de Lutero y Calvino, consistia en negar el libre albedrío; hallándose consignada esta su funesta enseñanza en las obras que de ellos nos han quedado. Esta doctrina parece que debia conservarse con crédito entre los protestantes, y que debia ser sostenida con teson, pues que regularmente así acontece, cuando se trata de aquellos errores que han servido como de primer núcleo para la formacion de una secta. Parece, ademas, que habiendo alcanzado el Protestantismo tanta estension y arraigo en varias naciones de Europa, esa doctrina fatalista debia tambien influir mucho en la legislacion de las naciones protestantes; y ¡cosa admirable! nada de esto ha sucedido: las costumbres europeas la han despreciado, la legislacion no la ha tomado por base, y la sociedad no se ha dejado dominar ni dirigir por un principio que zapaba todos los cimientos de la moral, y que si hubiese sido aplicado á las costumbres y á la legislacion, hubiera reemplazado la civilizacion y dignidad europeas con la barbarie y abyeccion musulmanas.

Sin duda que no han faltado individuos corrompidos por tan funesta doctrina, sin duda que no han faltado sectas mas ó menos numerosas que la han reproducido; y no puede negarse tampoco que sean de mucha consideracion las llagas abiertas por

ella á la moralidad de algunos pueblos. Pero es cierto tambien, que en la generalidad de la gran familia europea, los gobiernos, los tribunales, la administracion, la legislacion, las ciencias, las costumbres, no han dado oidos á esa horrible enseñanza de Lutero, en que se despoja al hombre de su libre albedrío, en que se hace á Dios autor del pecado, en que se descarga sobre el Criador toda la responsabilidad de los delitos de la criatura humana, en que se le presenta como un tirano, pues que se afirma que sus preceptos son imposibles, en que se confunden monstruosamente las ideas de bien y de mal, y se embota el estímulo de toda virtud, asegurando que basta la fé para salvarse, y que todas las obras de los justos son pecados.

La razon pública, el buen sentido, las costumbres, se pusieron en este punto de parte del Catolicismo; y los mismos pueblos que abrazaron en teoría religiosa esas funestas doctrinas, las desecharon por lo comun en la práctica: porque era demasiado profunda la impresion que en esos puntos capitales les habia dejado la enseñanza católica, porque era demasiado vivo el instinto de civilizacion que de las doctrinas católicas se habia comunicado á la sociedad europea. Así fué como la Iglesia católica, rechazando esos funestos errores difundidos por el Protestantismo, preservaba á la sociedad del envilecimiento que consigo traen las máximas fatalistas; se constituia en barrera contra el despotismo que se entroniza siempre en medio de los pueblos que han perdido el sentimiento de su dignidad; era un dique contra la desmoralizacion que cunde necesariamente cuando el hombre se cree arrastrado por la ciega fatalidad, como por una cadena de hierro; así libertaba al espíritu de aquel abatimiento en que se postra cuando se cree privado de dirigir su propia conducta, y de influir en el curso de los acontecimientos. Así fué como el Papa, condenando esos errores de Lutero que formaban el núcleo del naciente Protestantismo, dió el grito de alarma contra una irrupcion de barbarie en el órden de las ideas, salvando de esta manera la moral, las leyes, el órden público, la sociedad; así fué como el Vaticano conservó la dignidad del hombre, asegurándole el noble sentimiento de la libertad en el santuario de la conciencia; así fué como la Cátedra de Roma luchando con las ideas protestantes, y defendiendo el sagrado depósito que le confiara el Divino Maestro, era al propio tiempo el númen tutelar de porvenir de la civilizacion.

Reflexionad sobre esas grandes verdades, entendedlas bien vosotros que habláis de las *disputas religiosas* con esa fría indiferencia, con esos visos de burla y de compasión, como si nunca se tratase de otra cosa que de frivolidades de escuela. Los pueblos *no viven de solo pan*, viven también de ideas, de máximas que convertidas en jugo, ó les comunican grandeza, vigor y lozanía, ó los debilitan, los postran, los condenan á la nulidad y al embrutecimiento. Tended la vista por la faz del globo, recorred los períodos de la historia de la humanidad, comparad tiempos con tiempos, naciones con naciones, y vereis que dando la Iglesia católica tan alta importancia á la conservacion de la verdad en las materias mas trascendentales, y no transigiendo nunca en punto á ella, ha comprendido y realizado mejor que nadie la elevada y saludable máxima de que la verdad debe ser la reina del mundo, de que del orden de las ideas depende el orden de los hechos, y de que cuando se agitan cuestiones sobre las grandes verdades, se interesan en esas cuestiones los destinos de la humanidad.

Resumamos lo dicho: el principio esencial del Protestantismo es un principio disolvente: ahí está la causa de sus variaciones incesantes, ahí está la causa de su disolucion y aniquilamiento. Como religion particular ya no existe; porque no tiene ningun dogma propio, ningun carácter positivo, ninguna economía, nada de cuanto se necesita para formar un sér: es una verdadera negacion. Todo lo que se encuentra en él que pueda apellidarse positivo, no es mas que vestigios, ruinas, todo está sin fuerza, sin accion, sin espíritu de vida. No puede mostrar un edificio que haya levantado por su mano, no puede colocarse en medio de esas obras inmensas entre las cuales puede situarse con tanta gloria el Catolicismo, y decir: *esto es mio*. El Protestantismo puede solo sentarse en medio de espantosas ruinas; y de ellas sí que puede decir con toda verdad: *yo las he amontonado*.

Mientras pudo durar el fanatismo de esta secta, mientras ardía la llamarada encendida por fogosas declamaciones y avivada por funestas circunstancias, desplegó cierta fuerza que si bien no manifestaba la verdadera robustez, mostraba al menos la convulsiva energía del delirio. Pero su época pasó, la accion del tiempo ha dispersado los elementos que daban pábulo al incendio; y por mas que se haya trabajado por acreditar la Reforma como obra de Dios, no se ha podido encubrir lo que era en realidad:

obra de las pasiones del hombre. No deben causarnos ilusion esos esfuerzos que actualmente parece hacer de nuevo: quien obra en ello, no es el Protestantismo en vida; es la falsa filosofía, tal vez la política, quizás el mezquino interes, que toman su nombre, se disfrazan con su manto; y sabiendo cuán á propósito es para exitar disturbios, provocar escisiones y disolver las sociedades, van recogiendo el agua de los charcos que han quedado manchados con su huella impura, seguros de que será un violento veneno para dar la muerte al pueblo incauto, que llegue á beber de la dorada copa con que pérfidamente se le brinda.

Pero en vano se esfuerza el débil mortal en luchar con la diestra del Omnipotente: Dios no abandonará su obra; y por mas que el hombre forceje, por mas que se empeñe en remedar la obra del Altísimo, no podrá borrar los caracteres eternos que distinguen el error de la verdad. La verdad es de suyo fuerte, robusta: y como es el conjunto de las mismas relaciones de los seres, enlázase, trábese fuertemente con ellos, y no son parte á desasirla, ni los esfuerzos de los hombres, ni los trastornos de los tiempos. El error, mentida imágen de los grandes lazos que vinculan la compacta masa del universo, tiéndese sobre sus usurpados dominios como un informe conjunto de ramos mal trabados que no reciben jamas el jugo de la tierra, que tampoco le comunican verdor ni frescura, y solo sirven de red engañosa tendida á los pasos del caminante.

¡Pueblos incautos! no os seduzcan ni aparatos brillantes, ni palabras pomposas, ni una actividad mentida: la verdad es cándida, modesta y confiada, porque es pura y fuerte; el error es hipócrita y ostentoso, porque es falso y débil. La verdad es una muger hermosa que desprecia el afectado aliño porque conoce su belleza; el error se atavía, se pinta, violenta su talle porque es feo, descolorido, sin espresion de vida en su semblante, sin gracia ni dignidad en sus formas. ¿Admirais tal vez su actividad y sus trabajos? sabed que solo es fuerte cuando es el núcleo de una faccion, ó la bandera de un partido; sabed que entonces es rápido en su accion, violento en sus medios, es un meteoro funesto que fulgura, truena y desaparece, dejando en pos de sí la oscuridad, la destruccion y la muerte; la verdad es el astro del dia, despidiendo tranquilamente su luz vivísima y saludable, fecundando con suave calor la naturaleza, y derramando por todas partes vida, alegría y hermosura.